
EN ALTA GRACIA, CON DON MANUEL DE FALLA. UNA CANTATA SUMERGIDA

IN ALTA GRACIA, WITH MR. MANUEL DE FALLA. A SUBMERGED CANTATA

Por Rafael Alberti*

Hace años, ya muchos, dejados atrás los desfiladeros y serranas umbrías de la Demanda, llamé a la puerta del monasterio románico de Santo Domingo de Silos. El abrirse y cerrarse de un ventanuco alto, misterioso en la sombra de los muros, fue la única respuesta a los golpes de aldaba con que yo, viajero del mundo, pedía hospedaje a aquel benedictino hogar, cuyo patrón y fundador fuera trovado por Berceo, clérigo de la misma orden. Después de una anhelante espera, aún más larga en medio de aquellas mudas soledades miedosas, ruidos velados de cerrojos y llaves se fueron aclarando hasta alumbrarme en el oscuro la mínima figura de un frailezucu reverencioso, al pecho un farolillo de aceite y el crujir de un rosario apretujado entre los dedos.

– Buenas noches, hermano...

Otras reverencias, todavía más doblada la cintura, y el indicarme, ya la luz en la mano, que le siguiera, fueron la callada contestación a mi saludo. Era la hora de silencio para la comunidad de San Benito.

Una vaharada de aire frío entre un perfume a jardín invisible me anunció el fin de los asustantes corredores, por los que yo seguía, al parecer, la sola mano encandilada del fraile. La obscuridad continuaba siendo profunda. Solo el frío que se intensificaba y el eco entrecortado de una fuente me dejaron adivinar los ojos, ciegos a la noche, de las arcadas del claustro bajo, maravilla del siglo XI.

Escaleras, nuevas arcadas y pasillos, siempre detrás de aquellos pasos enfranelados, tuve que recorrer, inquieto, antes de que una última reverencia y la lucecilla de aceite me cerraran al fin la puerta de la celda que la hospitalidad de los frailes de Silos ofrece tradicional y desinteresadamente al caminante.

**

* [Notas del Director: 1-8]. Alberti, Rafael, “En Alta Gracia, con Don Manuel De Falla. Una cantata sumergida”, *La Nación* (Buenos Aires, Argentina), domingo 16 de septiembre de 1945. AMF, sign.: P-6396-037. Se puede consultar este documento en el espacio expositivo denominado *Universo Manuel de Falla*, muestra permanente dedicada al compositor en el Auditorio Manuel de Falla de Granada.

Hace poco, apenas unos días, llamaba yo con otros amigos a la puerta, si no de un monasterio, de una ermita, no extraviada entre los montes morenos de nuestra Córdoba andaluza, como hubiera soñado –y sueña íntimamente para un futuro no lejano– quien la vive. Los montes llevan otro nombre y la ciudad que acoge hoy al viejo ángel ermitaño, el muy precioso de Alta Gracia, en la provincia cordobesa de la República Argentina.

La mañana era hermosa. Cipreses, naranjos, aromos en el gualda supremo de su flor, y un hálito delgado de violetas nos recibieron en la paz soleada del jardín de Los Espinillos, la ermita, digo, la casa donde Manuel de Falla –Don Manuel– vive en destierro voluntario, lejos de su Granada, hoy cementerio para él de tantas cosas...

Rumores de pestillos y puertas, que se iban acercando, nos pusieron al fin delante del gran músico, pequeño y encorvado, fino y reverencioso, cubierto hasta los pies de un poncho de vicuña, cuya severidad y color pardo hacían pensar en la monástica estameña.

– ¡Don Manuel!

Y el frailecico, después de abrazarnos emocionado, nos pasó a la solana, calentita del buen sol de la sierra y de la manzanilla sanluqueña –¡oh instantánea presencia nostálgica de Cádiz!– que María del Carmen, la hermana inseparable y única, nos ofrecía ya como saludo.

Una alegría sana y casi infantil se apoderó de todos. Don Manuel estaba contento. En medio de su soledad, aquella visita le traía, le removía –y no intentó disimularlo– las aguas más profundas, esas en cuyo fondo resonaba un nombre –España– que apenas nos atrevíamos a pronunciar¹.

Nuestra visita era celeste. Un concierto para Don Manuel, una cantata a tres voces: laúd, piano y poesía². La acabábamos de dar en Córdoba, pero él –achagues siempre de salud– no había podido bajar de su retiro para oírla. Por eso nos invitaba, cariñoso, a Los Espinillos³. A la una y media. “A la una y media en punto”, había recalcado al doctor González Aguilar. Hora exacta en que este, su hermano Paco, Donato Colacelli y yo tocábamos a la puerta de Falla, conociendo y

¹ Años más tarde, Rafael Alberti escribiría de nuevo sobre esta visita a Manuel de Falla. Véase Alberti, Rafael, *La arboleda perdida*, v. II, (Libros III y IV de Memorias), Barcelona, Seix Barral, 1978, pp. 142-148.

² Como veremos más adelante, esta no era la denominación inicial de la obra de Alberti, modificada en la presente colaboración periodística para incorporar la *voz* del piano.

³ La Casa Museo Manuel de Falla (Granada) recibirá el próximo mes de mayo de 2014 la donación de las llaves originales del chalet Los Espinillos y de la habitación del compositor, así como un pequeño recipiente de cristal con tierra del jardín de dicha residencia argentina.

respetando su entusiasmo por el reloj, su amor a lo preciso, vieja característica de la vida y la obra del gran maestro andaluz.

– Me van ustedes a disculpar el piano... –suplicó, mientras observaba entre sus brazos el nuevo laúd, más moreno que el otro, de Paco—. Además de tenerlo con sordina, no anda muy bien de afinación. Aunque esto, quizás, no importaría demasiado...

Y recordó, en apoyo de su disculpa, que asistiendo una tarde con Ravel a un concierto para dos pianos, el maestro francés quedó al final muy serio y preocupado por no saber cuál de ambos ejecutantes era el mejor, ya que le había sido imposible diferenciar en lo más mínimo un piano del otro.

– Y no sólo a Ravel... También a Debussy le gustaba trabajar en un piano desafinado. “Désaccordé, mais agréable” –cerró Don Manuel, recargando su excusa lleno de gracia, ya camino del suyo, en un cuartito simple y reluciente, con ventanas abiertas a los montes.

Ya el pequeño auditorio preparado:

– “Invitación a un viaje sonoro”⁴ –leí, abriendo mi gran libro, grande como para el facistol de un templo gótico, reclinándolo, a falta de mejor atril, contra el lomo voluminoso de un diccionario, que coloqué en el centro de una mesa-camilla.

*En el principio fue el laúd. Venía,
vagabundo y sonoro, de viaje...⁵*

⁴ Los textos poéticos de esta *Cantata* están incluidos en Alberti, Rafael, *Pleamar*, Barcelona, Seix Barral, 1978, pp. 275-304. (1.ª ed., Buenos Aires, Losada, 1944). La *Invitación a un viaje sonoro*, tras un poema introductorio de Pedro Chamorro, hace un recorrido por la historia de la música y de la poesía partiendo de una *Cantiga* de Alfonso X el Sabio para concluir con la *Oración del Torero* de Joaquín Turina, obra expresamente compuesta, en 1925, para el Cuarteto Aguilar. Incluye este recorrido poético-musical la “Jota” de Manuel de Falla, perteneciente a sus *Siete canciones populares españolas*.

⁵ *Ibid.*, p. 277. Se trata de los dos primeros versos del poema de Pedro Chamorro titulado *Invitación a un viaje sonoro*, composición que sirve de introducción a la *Cantata* de Alberti denominada, inicialmente, *Cantata a dos voces para verso y laúd con acompañamiento de piano* (una llamada a pie de página nos indica: “Al piano Donato Ó[scar] Colacelli”). *Ibid.* p. 275. La obra está dedicada al laudista Paco Aguilar, miembro del Cuarteto Aguilar junto a sus hermanos José, Ezequiel y Elisa. La *Cantata* de Alberti, escrita en Buenos Aires en 1942, fue interpretada en distintos países hispanoamericanos. Paco Aguilar falleció en la Córdoba argentina en enero de 1947, pocas semanas después de que lo hiciera Manuel de Falla. Recuperadas las instituciones democráticas en España tras la muerte del general Franco, Alberti regresó de su largo exilio y de nuevo puso en escena este espectáculo, ahora bajo la denominación de *Invitación a un viaje sonoro. Cantata para verso y orquesta de laúdes*. Fue representado ante diferentes auditorios, y del mismo se hizo una grabación

Don Manuel, arrebujaado en un rinconcillo, perdido en su hábito de vicuña, reclinó la cabeza de marfil, cruzó las manos sobre las piernas, y en esa actitud de recogimiento –¡oh Zurbaranes del Museo de Cádiz!– comenzó a oír las alabanzas del laúd, introducción a la cantata:

... Y como la palmera, cuyo mástil
 abre en arco a la luz sus verdes velas,
 pasó la mar, abriendo su susurro
 de hojas dulces los mirtos y arrayanes
 de Granada, de Córdoba y Sevilla...⁶

Yo, que siempre leo, casi decía estos versos de memoria por no apartar la vista de Don Manuel, pudiendo asegurar, dolorido y ufano, que al surgir los tres nombres de las ciudades andaluzas un leve tinte sonrosado le circundó la piel alrededor del brillo de los lentes. ¡Noches en los jardines de España! ¡Fuentes del Generalife! ¡Jazmines y azahares de Córdoba! ¡Estanques y palmeras de Sevilla! Y el laúd se deshizo en los más límpidos surtidores y juegos que un anónimo árabe español fantaseara en el siglo XIV. Después, Juan del Encina, con su cántico desgarrado por la muerte de la reina Isabel de Castilla. Y la pavoneada pavana de Diego Pisador...

La voz en sordina del piano de Falla, tocado con unguido temblor por Colacelli, impuso a la garganta del laúd tal veladura, tal eco tamizado de lejanía, que toda la cantata pareció sumergirse bajo la transparencia de un agua remansada, obediente, pero siempre en susurro, al estremecido mandato de la péñola. Así, se la sentía bailar perdida, entre vapores de llanto neblinoso (Purcell); rizada, rumorosa, fugitiva entre pliegues de luz y de penumbra (Croft); emergida de súbito en alegres burbujas de oro (Scarlatti); saltarina y quebrada, como suspensa por un hilo (Mozart); o ancho remolino, hundida hasta lo más profundo, para luego subir en una pleamar infinita (Bach).

Nunca la mano de Paco Aguilar buceó más hondo; ni le dio a su laúd más acento lejano, más levedad y mojado lirismo. Mojado, sí, porque de agua bajo el agua, de cantata *engloutie*⁷

discográfica bajo la dirección musical de José Ramón Martínez al frente de la Orquesta de Laúdes Españoles “Roberto Grandío”. Alberti, Rafael, *Invitación a un viaje sonoro. Cantata para verso y orquesta de laúdes*, [CD y LP], [Madrid], DIAL DISCOS, 1989.

⁶ Fragmento del poema citado de Pedro Chamorro. Véase Alberti, Rafael, *Pleamar...*, *op. cit.* p. 277.

⁷ El término francés “*engloutie*” (sumergida) nos conduce, de manera inexorable, a la última frase del título del artículo (“Una cantata sumergida”), para desvelar un pequeño juego de evocaciones sonoras, alusivas a distintas obras musicales, que nos propone el poeta: en primer lugar, la “cantata a tres voces: laúd, piano y poesía” de Alberti, titulada *Invitación a un viaje sonoro*; en segundo lugar, la cita sugerida del título de un preludio para piano de Claude Debussy, *La cathédrale engloutie*; y, en tercer lugar, la cantata escénica de Manuel de Falla, *La Atlántida*. Las tres obras citadas (*englouties*) comparten elementos comunes en su ambientación argumental. ¿Sugería también Rafael Alberti la existencia de paralelismos en la escritura musical de las obras

pudo considerarse esta que ejecutamos ante el gran viejo ángel andaluz, cuya pura vida callada y “soledad sonora” nos volvieron celestes y llenaron de gracia en aquel día de Alta Gracia, dentro de la morada de la Música⁸.

* * *

de Debussy y Falla citadas? Por último, cabe preguntarse si “Una cantata sumergida” no es, en realidad, una metáfora poética referida al propio compositor.

⁸ Alude Alberti en este artículo a Paco Aguilar, laudista, compositor y crítico musical. Nacido en Moratalla (Murcia), formaba parte del grupo de artistas que participaron en la visita-concierto a la que fue “morada de la Música” de Manuel de Falla en Argentina. Sobre la estancia del compositor y de su hermana María del Carmen en dicho país, Aguilar había redactado un texto, introduciendo algunas modificaciones en el siguiente romance anónimo (fragmento), escrito hacia 1431 –según señalara Menéndez Pidal–:

Allí hablara el rey don Juan,
bien oiréis lo que decía:
–Si tú quisieras, Granada,
contigo me casaría;
daréte en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla.

Menéndez Pidal, Ramón, *Flor nueva de romances viejos*, Pozuelo de Alarcón (Madrid), Espasa, 2004, p. 222.

Tomando como referencia la estrofa anterior, Paco Aguilar escribió:

Hoy, el monje y la monja, viven en un escondite de Córdoba argentina.

Aquí el monje Don Manuel
bien sabéis lo que diría:
–Si tú quisieras, Granada,
contigo me casaría;
daréte en arras y dote
toda la música mía.

Aguilar, Paco, *A orillas de la música*, Buenos Aires (Argentina), Losada, 1944, p. 17.